

Cuentos
por la igualdad
2011

Éste año 2011, queremos volver a compartir con todas aquellas personas que lo deseen, los cuentos que han resultado ganadores en el II Certamen de cuentos por la igualdad del Ayuntamiento de Alcalá la Real (Jaén)

Desde el origen del certamen, es nuestro objetivo, que los cuentos sirvan de modelo para la transmisión de valores de respeto e igualdad, entre mujeres y hombres, DE CUALQUIER LUGAR DEL MUNDO.

Esperamos que aquellas personas que los lean, disfruten de los mismos y de las ilustraciones que los acompañan.

Teresa Hinojosa Afán de Rivera
Concejala del Área de Igualdad
del Ayuntamiento de Alcalá la Real.

LAS ILUSTRACIONES E IMPRESIÓN DE ÉSTE LIBRO DE CUENTOS ESTÁN FINANCIADAS POR EL FONDO AUTONÓMICO DE INMIGRACIÓN PARA LOS AYUNTAMIENTOS ANDALUCES 2010.





I

Enroque al rey



Miguel Ángel Hinojosa Baca

Obra ganadora: "ENROQUE AL REY"

Vivió en Alcalá la Real hasta los 18 años.

Estudió en las Escuelas Profesionales de Sagrada Familia y en el I.E.S. Alfonso XI.

Obtiene el 2º premio de Relatos breves del Instituto de Bachillerato Alfonso XI en el curso 90/91.

Cursa estudios básicos de Solfeo y Violín en la Ciudad de Úbeda.

En el año 2003 funda el grupo de música "El Abuelo Bisiesto".

Forma parte de las Asociaciones Sacamoños y Amici Culturae de Alcalá la Real (Jaén), perteneciendo a la Junta Directiva en esta última.

Actualmente ha escrito, dirigido y participado en la Obra Dramático-Lírico- Músico- Pictórico- audiovisual "El Regreso de Beethoven".



¡Cuéntamelo otra vez papá! -Insistía aquella niña de grandes ojos verdes a punto de cerrarse. Su padre, miró el viejo reloj de pared de la habitación y a pesar de la hora cedió indefenso.-

A principios de los años 80, en mi barrio al menos, los colegios no eran como son ahora. Las clases eran de niños o de niñas. Ellos vestían pantalones y jerséis de lana oscuros. Ellas, vestido o falda larga con leotardos casi siempre de color marrón.

En el recreo, ese momento mágico, los maestros no podían salir al exterior del recinto y permanecían dando largos paseos por los huecos que se abrían entre los numerosos jardines. El horario era de mañana y de tarde, y los cursos se contaban desde 1º hasta 8º, en un sistema educativo llamado E.G.B.

Si te portabas mal te podían dar algún “coscorrón con anillo”, que son los que más duelen, mientras que si te portabas bien te convertías en el amo de las canicas que D. Antonio guardaba en el primer cajón de su escritorio.

En clase se hablaba de cualquier tema que alguien quisiera comentar a los demás. José mencionaba asiduamente lo feo que le parecía el nuevo hospital, Antonio

Jesús aseguraba que su madre era la mujer que más madrugaba de todo el pueblo, a Ricardo en cambio le gustaba cantar villancicos aunque estuviésemos en el mes de mayo, y Miguel Ángel explicaba emocionado la experiencia que supuso para él viajar a una gran ciudad.

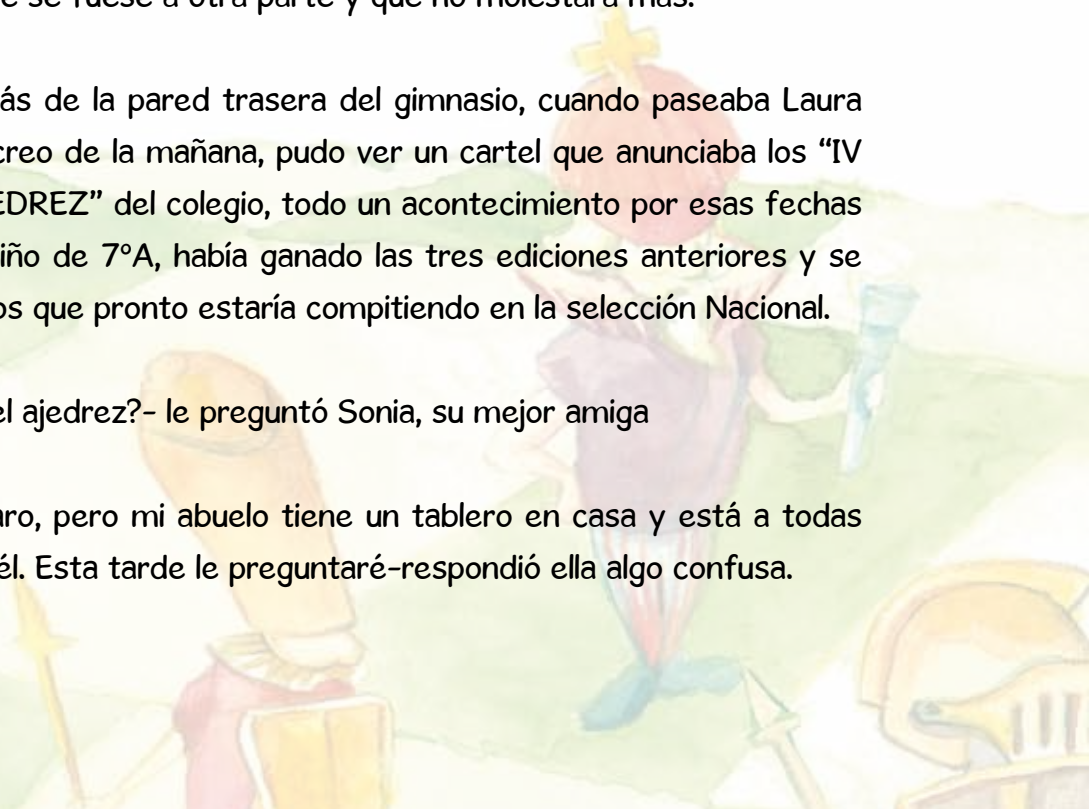
Y así, pasábamos las horas debatiendo, riendo, soñando, escuchando, aprendiendo e incluso cantando. Después y solamente después, venían las mates, la lengua, el inglés, las sociales y las naturales (que así se llamaban entonces las asignaturas).

Laura era una niña de 6° B con unos grandes ojos verdes. Verdes del color del mar cuando está verde. Era valiente e inteligente, le gustaba ponerse pantalones iguales a los de los chicos, y siempre intentaba jugar al fútbol con ellos, pero estos no la dejaban y le decían que se fuese a otra parte y que no molestara más.

Un buen día, detrás de la pared trasera del gimnasio, cuando paseaba Laura pensativa durante el recreo de la mañana, pudo ver un cartel que anunciaba los “IV CAMPEONATOS DE AJEDREZ” del colegio, todo un acontecimiento por esas fechas puesto que Álvaro, un niño de 7°A, había ganado las tres ediciones anteriores y se rumoreaba por los pasillos que pronto estaría compitiendo en la selección Nacional.

--¿Qué es eso del ajedrez?- le preguntó Sonia, su mejor amiga

--No lo tengo claro, pero mi abuelo tiene un tablero en casa y está a todas horas sentado frente a él. Esta tarde le preguntaré-respondió ella algo confusa.



Como si ya no existiera ninguna otra cosa en la tierra, no pudo dejar de pensar en la imagen de su abuelo frente al tablero de ajedrez, mirando las fichas y los extraños cuadros donde estaban colocadas. El maestro de trabajos manuales se dio cuenta que a Laura no le interesaba mucho cómo se forra una botella de cristal con varillas de mimbre seca.

Cuanto terminó, fue directa a casa todo lo rápida que pudo, pero el camino se le hizo eterno (antes los niños y las niñas iban y volvían del colegio sin la compañía de los padres).

Soltó la cartera que ya le pesaba en la espalda y subió hasta la habitación donde su abuelo estaba, una vez más, sentado con la mirada perdida en su viejo tablero de ajedrez, así que se sentó a su lado, le cogió la mano dulcemente y le dijo:

--¡Abuelo, enséñame a jugar, porque tengo que ganar un campeonato!

El abuelo, que parecía hasta ese mismo momento estar dormido, la miró, sonrió y adelantó lentamente una pieza de las más pequeñas.

--Estos son los peones, fieles y valientes,-aseguró rotundo- siempre inician el juego y nunca retroceden. Van despacio, eso sí, pero se sacrifican por los demás sin pensar en ningún momento en ellos mismos.

Los caballos se infiltran en el bando contrario, saltan adelante o retroceden cuando es conveniente. Siempre acompañan a los peones en su avance y los protegen de cualquier problema que estos pudieran tener.





Los alfiles son hidalgos. Marchan orgullosos en diagonal en pasos cortos o largos, según proceda. Están ocultos a la espera del momento ideal para aparecer.

Las torres son duras y fuertes, no les afecta casi nada y están preparadas en todo momento, aunque hay que tener cuidado, ya que están encerradas y sólo se mueven en línea recta.

La reina es la más importante y poderosa de todas las piezas. No tiene impedimentos, vuela libre por todas las casillas en cualquier dirección. Llegado el momento, no dudará en enfrentarse cara a cara con quien haga falta para defender a su gente.

El rey en cambio es cobarde y se mueve con una gran lentitud. Sólo busca estar protegido sin apenas moverse y no le importa lo que pase a su alrededor puesto que sabe que todos le ayudarán cuando sea necesario.

El tablero es el campo de verde pasto donde sucede todo esto. Se divide en 64 casillas

de dos colores. Dominar el centro es dominar la partida. ¡La clave es el centro!- insistió-.

Durante tres horas, Laura fue aprendiendo la táctica, la técnica, los consejos, los movimientos y todo cuanto su abuelo fue capaz de enseñarle.

A la mañana siguiente, cuando sonó el timbre que anunciaba el deseado recreo, se dirigió rauda y veloz hasta el gimnasio donde D. Rafael estaba apuntando a todos los que querían participar en el campeonato. Le faltó muy poco para darse la vuelta y marcharse al ver una larga cola de niños que se quedaron mirándola extrañados. Valentín, que era un niño al que no le caía bien casi nadie le dijo:

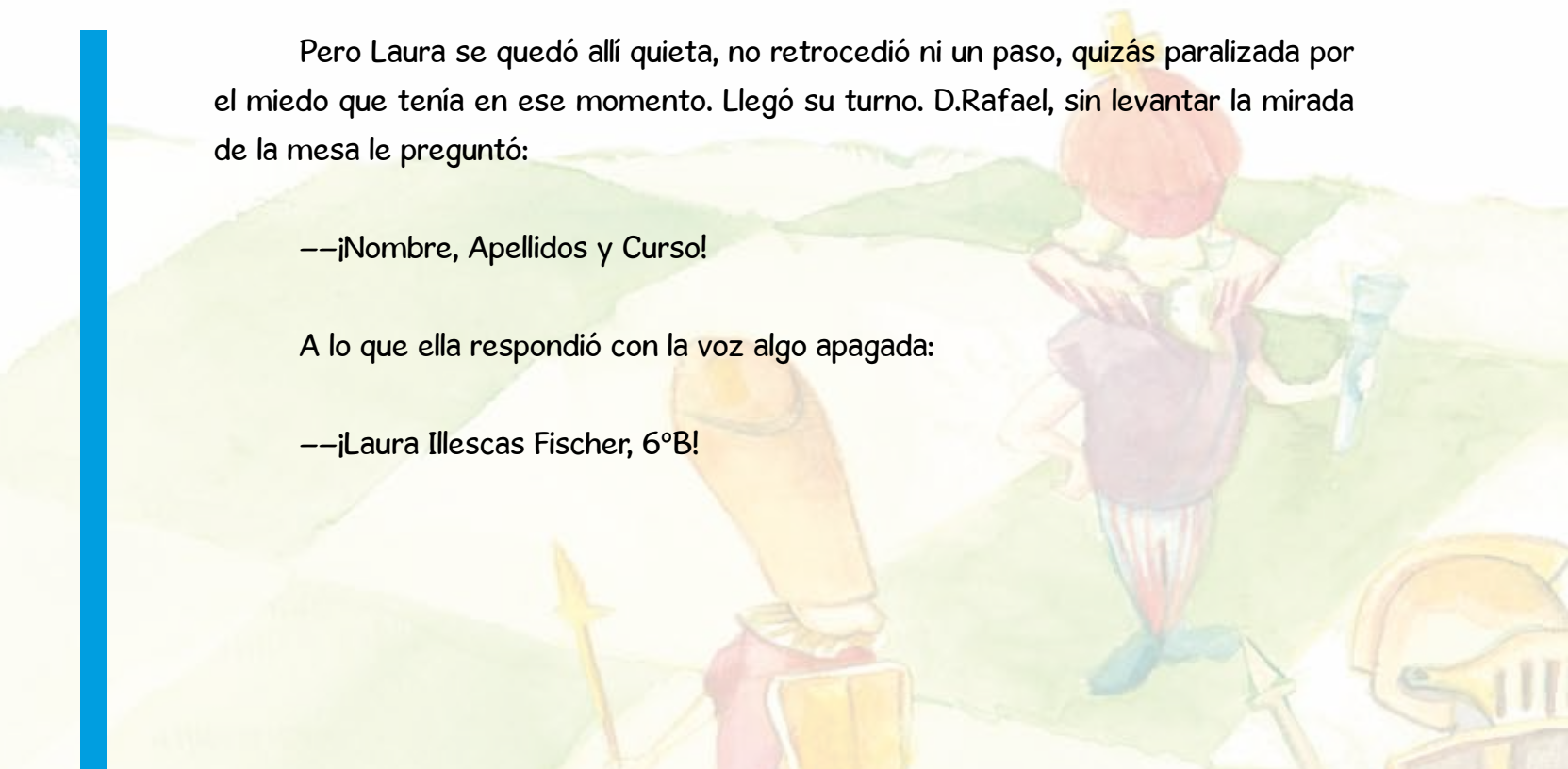
--¡Tú que haces aquí niña, vete fuera o te pego!

Pero Laura se quedó allí quieta, no retrocedió ni un paso, quizás paralizada por el miedo que tenía en ese momento. Llegó su turno. D.Rafael, sin levantar la mirada de la mesa le preguntó:

--¡Nombre, Apellidos y Curso!

A lo que ella respondió con la voz algo apagada:

--¡Laura Illescas Fischer, 6ºB!



Cuando el profesor levantó la cabeza, Laura quiso de nuevo salir corriendo de aquella situación, pero pensó que ya no era posible echarse atrás, y así se convirtió en la primera niña que se apuntaba al “IV CAMPEONATO DE AJEDREZ”.

La siguiente semana la pasó junto a su abuelo aprendiendo y disfrutando de las palabras sabias de un hombre al que quería con locura. Por las noches, cuando se dormía, soñaba con movimientos extraordinarios, con caballos que le susurraban al oído, y con alfiles que le cantaban canciones o torres que le daban un abrazo.

Pasó rápida la semana y llegó al fin el comienzo de tan esperado campeonato. Todos los profesores estaban pendientes a la entrada junto a familiares, amigos, alumnos e incluso un perrillo blanco que se coló entre todas las personas para no perderse ni un solo detalle. Situadas en el centro del edificio en perfecta línea recta, había 16 mesas de madera de mediana altura. Sobre estas, un tablero en perfecto estado de revista y todas y cuantas piezas hacen falta para poder jugar una partida de ajedrez.

D. Rafael fue nombrando uno a uno a los participantes y cuando escuchó su nombre, Laura notó que las piernas le temblaban un poco, no más que a casi todos los que estaban junto a ella. Frente a frente estaba Mario, el niño más rico del colegio, así que pensó que seguramente tendría un profesor particular en su casa y que no tardaría en vencerla. Mario empezó avanzando el peón del rey dos casillas. En ese instante Laura estaba tan nerviosa que no sabía ni qué ficha mover, puesto que todas le parecían iguales y no era capaz de distinguir la reina de una torre, o un alfil de un caballo. Miró alrededor y se tranquilizó algo al ver que su madre y su abuelo le sonreían en primera fila, justo detrás de la cinta que separaba a los familiares de los

participantes. Respiró profundamente y lanzó sus caballos valerosos. Casi sin darse cuenta, siete minutos después tenía acorralado al rey de Mario en un rincón a punto de darle jaque mate.

Segunda ronda. Esta vez jugó frente a Topalov, un niño de 4° curso recién llegado de Polonia. Era el más pequeño de todos, y apenas llegaba con la vista a la altura de la mesa, pero decían que aprendió a jugar en su país con un gran maestro ruso. No tardó mucho Laura en ganarle y empezó a sentirse mucho más a gusto con la situación. ¡Por fin estaba disfrutando! Tras Topalov venció a Carlos Alberto y a Gonzalo. No se lo podía creer, pero ¡había conseguido llegar a la final!

Álvaro era dos años mayor que ella y un niño muy alto que la miraba desafiante al otro lado de la mesa. En sus anteriores partidas, había ganado de una manera bastante rápida, no tardando más de 3 minutos en vencer a todos sus rivales.

En el gimnasio la excitación era evidente, los aplausos surgían espontáneos para dar ánimos a todos, las voces de apoyo de los familiares se oían desde cualquier rincón del colegio y el pequeño perrillo blanco parecía entender todo lo que allí estaba pasando y saltaba de alegría a la vez que corría de un lado a otro sin parar.

Antes de empezar, Álvaro dijo algunas palabras que a Laura le parecieron algo así como un insulto, pero que no llegó a entender debido al ruido que se había generado ante aquella inédita y gran final. Estaba decidida a darle su merecido.

(De nuevo, volvió el silencio...)









Esta vez comenzó Laura con blancas. Adelantó un peón y Álvaro hizo lo mismo. Luego otro y otro. Caballos adelante, alfiles colocados fuera de la formación para reforzar el centro. Todo parecía ir bastante bien. Tras dos movimientos más, Álvaro hizo algo que ella no entendió: “Enroque al rey”. Aquello la descolocó de tal manera que en poco tiempo perdió un caballo, dos alfiles y dos peones sin apenas darse cuenta. No se podía creer que su abuelo no le hubiera enseñado aquel extraño movimiento. Giró su pequeño cuello buscando una mirada cómplice, pero no pudo verla.

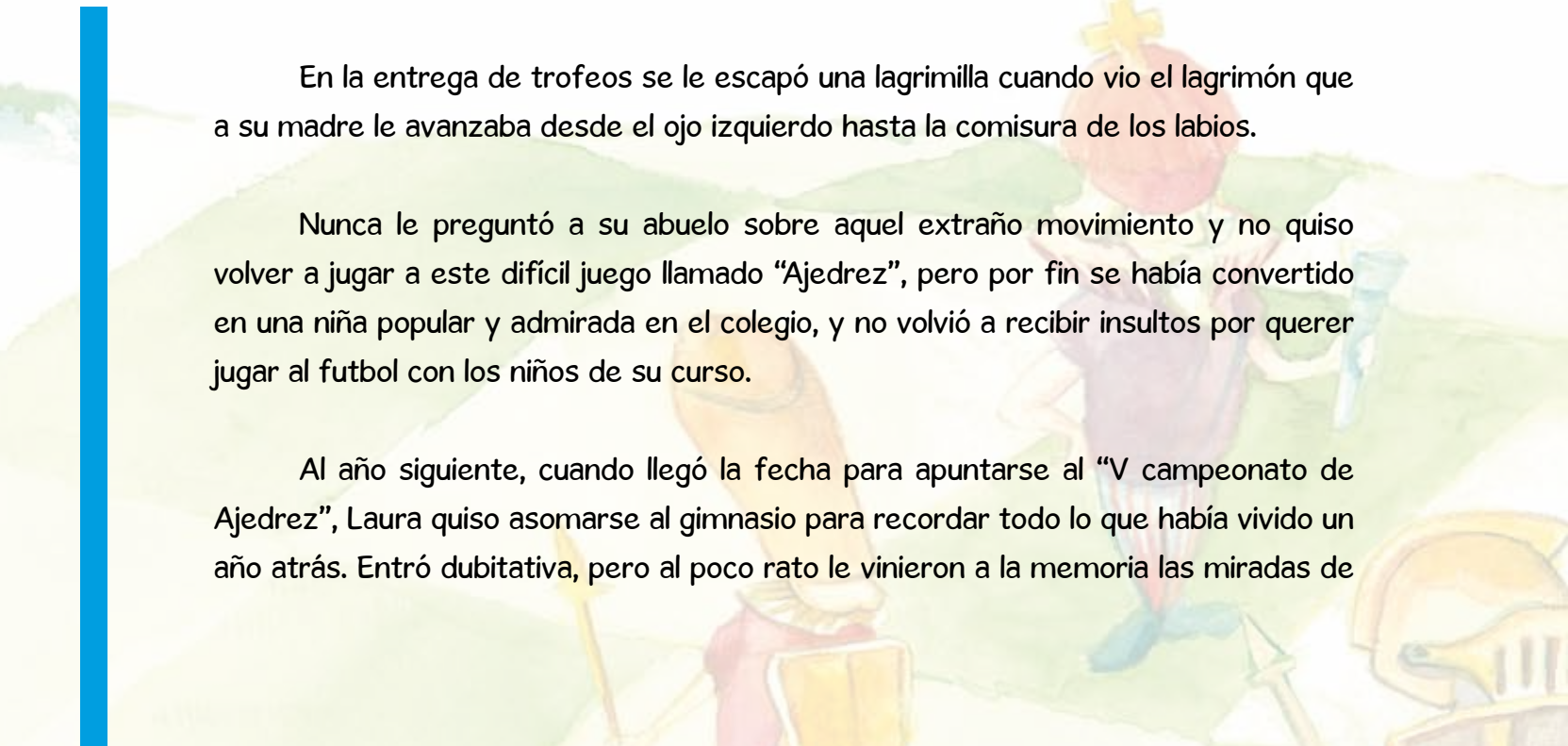
Pendiente de ella, estaba todo el colegio reunido, niños y niñas con sus madres y sus padres, profesorado en general, amigos y amigas de todas las edades, y el señor director.

Aguantó lo que pudo y hasta donde pudo, pero Álvaro ya tenía demasiada ventaja y no la desaprovechó. La partida había durado exactamente 38 minutos.

En la entrega de trofeos se le escapó una lagrimilla cuando vio el lagrimón que a su madre le avanzaba desde el ojo izquierdo hasta la comisura de los labios.

Nunca le preguntó a su abuelo sobre aquel extraño movimiento y no quiso volver a jugar a este difícil juego llamado “Ajedrez”, pero por fin se había convertido en una niña popular y admirada en el colegio, y no volvió a recibir insultos por querer jugar al fútbol con los niños de su curso.

Al año siguiente, cuando llegó la fecha para apuntarse al “V campeonato de Ajedrez”, Laura quiso asomarse al gimnasio para recordar todo lo que había vivido un año atrás. Entró dubitativa, pero al poco rato le vinieron a la memoria las miradas de



todos los niños que estaban allí cuando ella tuvo que apuntarse, todas las horas que estuvo sentada junto a su anciano abuelo mientras le contaba innumerables historias no siempre relacionadas con el ajedrez, el lagrimón de su madre cuando le colgaron la medalla de plata en la entrega de trofeos, la misma medalla colgada en la pared de su habitación junto a la foto de su añorada abuela...

Recordando estaba Laura todo esto, cuando se dio cuenta que en la cola para apuntarse al “V CAMPEONATO DE AJEDREZ”, había 6 niñas que no conocía de nada, seguramente uno o dos cursos mayores que ella.

“Vosotras sí que me habéis hecho un enroque”,-pensó emocionada.-

Aquel año, el torneo lo ganó una niña bajita y delgada de 7ºB llamada Belén, que a la hora de recoger su medalla de oro dijo:

¡Este premio es para Laura, porque sin ella y su coraje, yo jamás me hubiese apuntado!

Tras muchos años, Laura tuvo un hijo al que llamó Manuel y que al cumplir la mayoría de edad (según una absurda ley antigua, no se podía hacer antes), adoptó el apellido de su madre. La vida de Manuel Illescas es una historia increíble... pero esa, ya es otra historia. Algún día puede que también quieras escucharla.

Cuando el padre de aquella niña de grandes ojos verdes terminó de contarle la historia de Laura, sintió un gran alivio al ver que su hija dormía plácidamente. Estaba



tan emocionado como la primera vez que le había contado aquel cuento.

“Algún día, esa cara de ángel será el refugio de otros ojos que no serán los míos”- susurró.-

Al entrar en su habitación, Lourdes, la mujer con la que se había casado le notó la mirada ausente y los ojos llorosos.

Manolo, ¿otra vez le has contado el mismo cuento a Belén? -le preguntó dulcemente.-

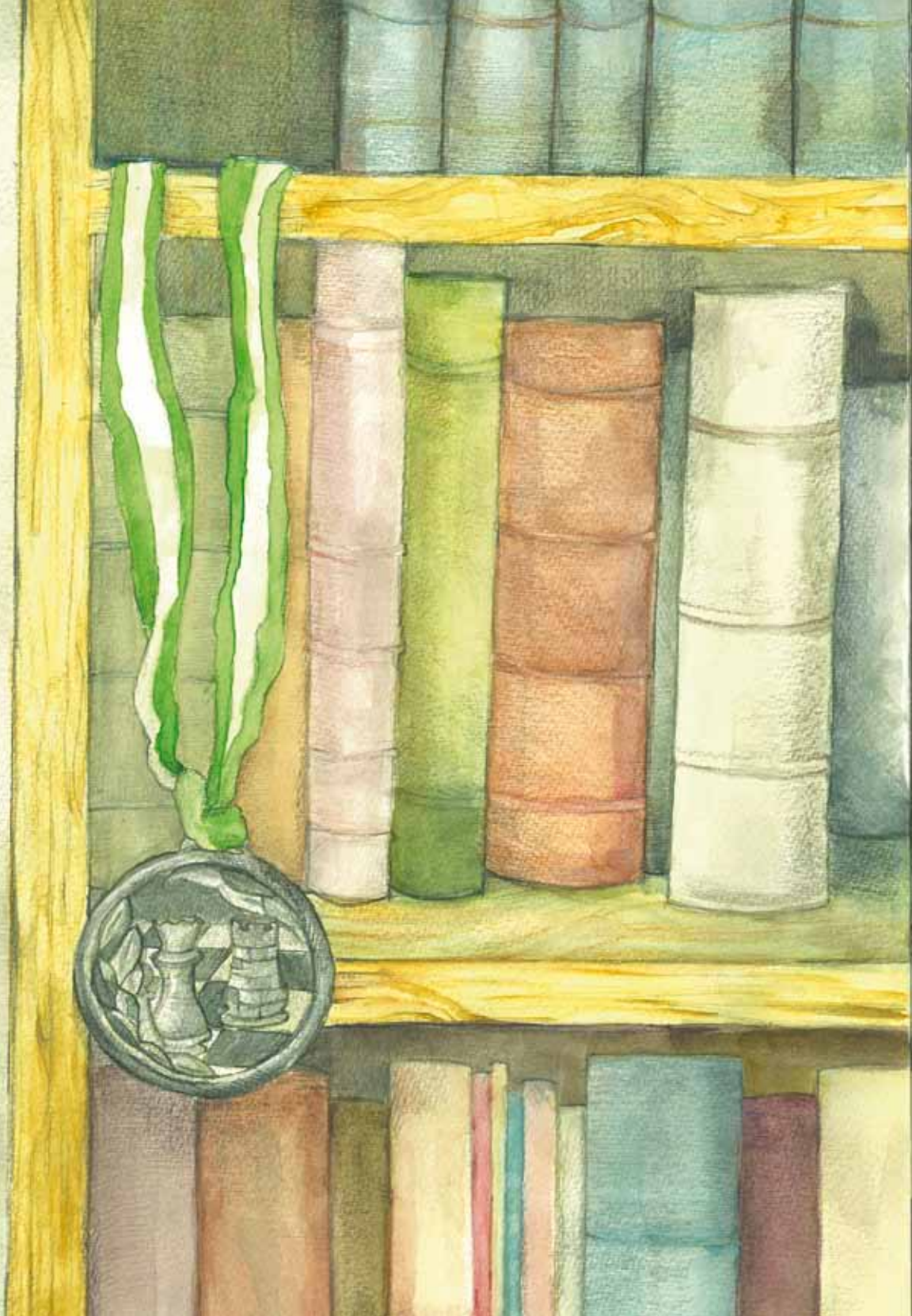
Manuel asintió con la cabeza sin pronunciar palabra alguna. Entonces miró en dirección a la pared para ver la vieja foto de su madre. Colgada a su lado, una medalla de plata lucía orgullosa y reluciente.

(Es posible que este cuento no se entienda en los días que vivimos, pero a principios de los 80, en mi barrio al menos, los colegios no eran como ahora.)

Cultivar el olvido es un asesinato a la vida. Somos lo que hemos sido.
(Emilio Lledó)

Dedicado a todas las que algún día fueron niñas... porque todas fueron valientes...
(el autor)









El juego de Adama y Awa

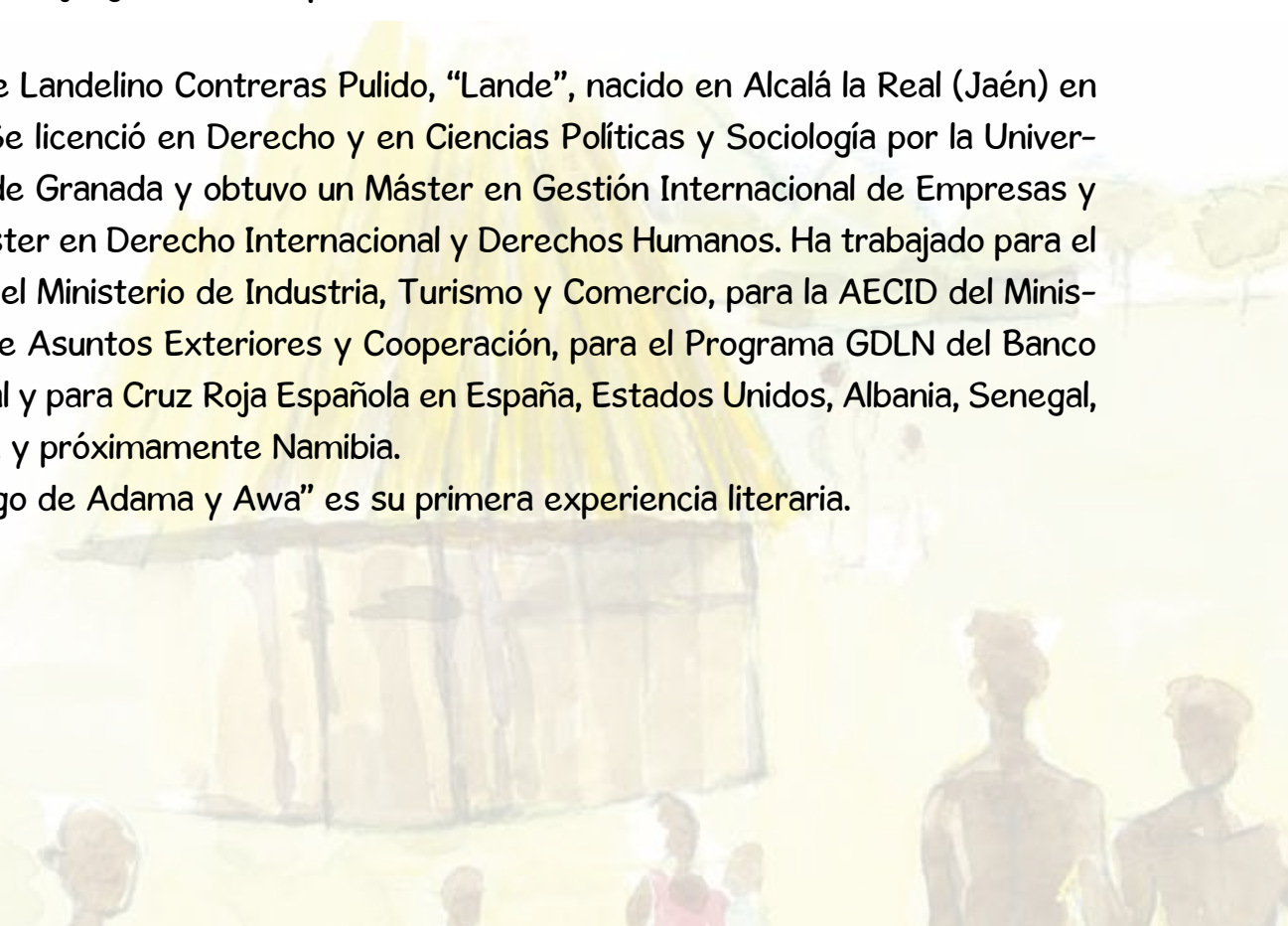
II

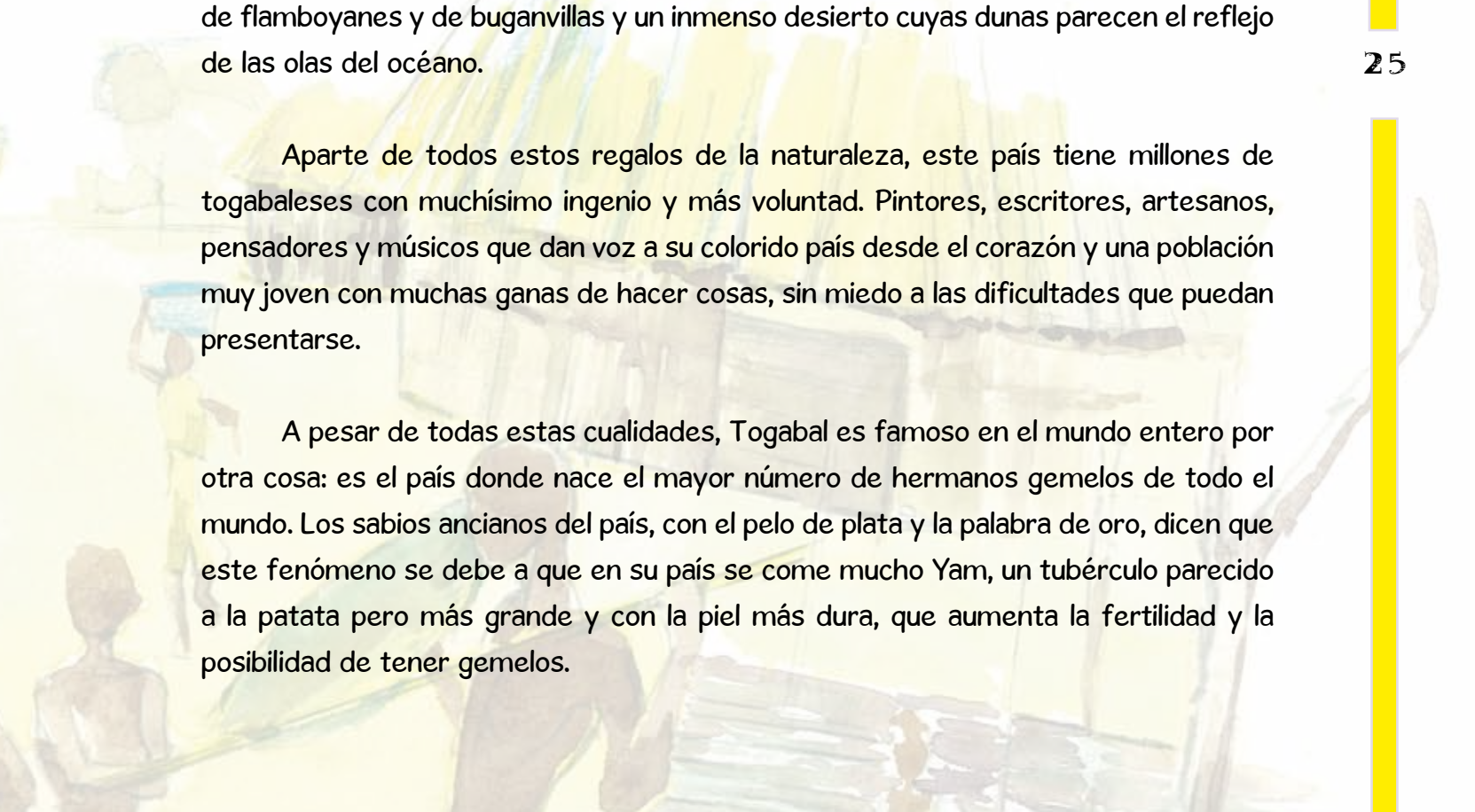
Enrique Landelino Contreras Pulido

Accesit: “El juego de Adama y Awa”

Enrique Landelino Contreras Pulido, “Lande”, nacido en Alcalá la Real (Jaén) en 1979. Se licenció en Derecho y en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad de Granada y obtuvo un Máster en Gestión Internacional de Empresas y un Máster en Derecho Internacional y Derechos Humanos. Ha trabajado para el ICEX del Ministerio de Industria, Turismo y Comercio, para la AECID del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, para el Programa GDLN del Banco Mundial y para Cruz Roja Española en España, Estados Unidos, Albania, Senegal, Nigeria y próximamente Namibia.

“El juego de Adama y Awa” es su primera experiencia literaria.





Togabal es uno de los países más bonitos de África. Allí puedes encontrar playas vírgenes habitadas únicamente por cangrejos de una sola y gran tenaza, largas cordilleras de montañas que guardan sorprendentes minerales en sus grutas secretas, enormes sabanas que son territorio de bisontes, búfalos, jirafas y cebras, extensas llanuras de baobabs, de flamboyanes y de buganvillas y un inmenso desierto cuyas dunas parecen el reflejo de las olas del océano.

Aparte de todos estos regalos de la naturaleza, este país tiene millones de togabaleses con muchísimo ingenio y más voluntad. Pintores, escritores, artesanos, pensadores y músicos que dan voz a su colorido país desde el corazón y una población muy joven con muchas ganas de hacer cosas, sin miedo a las dificultades que puedan presentarse.

A pesar de todas estas cualidades, Togabal es famoso en el mundo entero por otra cosa: es el país donde nace el mayor número de hermanos gemelos de todo el mundo. Los sabios ancianos del país, con el pelo de plata y la palabra de oro, dicen que este fenómeno se debe a que en su país se come mucho Yam, un tubérculo parecido a la patata pero más grande y con la piel más dura, que aumenta la fertilidad y la posibilidad de tener gemelos.

Sin embargo, el Yam no se come en Togabal sólo porque se quieran tener muchos gemelos sino porque es un alimento muy barato y muy resistente. Las familias togabalesas comen Yam a diario y también comen mucho arroz blanco, acompañado con un poco de verdura cuando hay mucha suerte y con un poco de carne o pescado cuando hay muchísima suerte. Y es que en este país, como en muchos otros de África y del mundo, hay mucha pobreza, a pesar de su riqueza, pero también mucha alegría, a pesar de sus tristezas.

En Togabal hay muchos pueblecitos que son muy parecidos. Todos ellos tienen casas cilíndricas de piedra y adobe, de color marrón rojizo, y techos de cáñamo en forma de cono. Parecen pequeños cohetes, un poco más gorditos que los cohetes que vuelan, dispuestos a despegar en cualquier momento. La casa-cohete más alta que tiene una bandera es siempre la casa de la persona de mayor edad y jefe del pueblo.

Uno de estos pueblos se llama Kundara. Allí existe una antigua tradición por la que todos los gemelos deben ser llamados Adama y Awa. Como en Kundara también se come mucho Yam, hay muchos hermanos gemelos y todos ellos se llaman Adama y Awa o Awa y Adama y muchas veces hay confusiones sobre quién es quién. Para intentar facilitar las cosas, un día se decidió que las chicas serían Awa y los chicos, Adama.

Ésta no es la única tradición antigua y algo problemática en Kundara pues también existe desde hace mucho tiempo un sistema de reparto de tareas, muy poco eficaz, que organiza la vida del pueblo.

Según seas alto, bajo, sonriente, llorón, niño, niña, joven, anciano, hombre, mujer, inteligente, audaz, lento, rápido, fuerte o tengas cualquier otra cualidad o defecto, puedes ser el encargado de una u otra tarea sin importar que se te dé bien o mal. El sistema no es el ideal pero como más o menos funciona, casi nadie se atreve a

cuestionarlo, sobre todo porque la gente está demasiado ocupada cumpliendo con sus tareas y, además, buscándose la vida cada día.

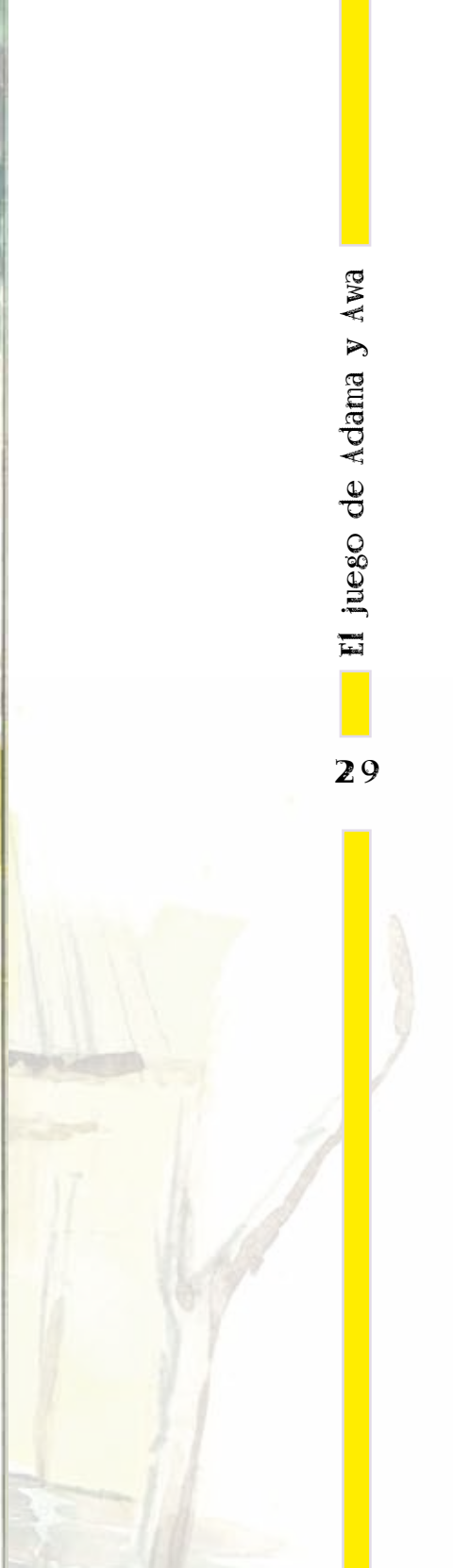
Sin embargo, no todo el mundo es tan obediente y sumiso a esta norma. En Kundara vive Aminata N'Goné, una de las pocas togabalesas que no tiene en su familia parientes que sean hermanos gemelos. Ella siempre ha pensado que la propia naturaleza le ha proporcionado su primer, y no último, acto de rebeldía: no tener gemelos.

Aminata es una mujer extraordinaria. Alta, fuerte, fibrosa, de piel muy negra, con los ojos muy grandes y la mirada tan profunda que cuando te mira fijamente parece que te esté leyendo el alma. Su mirada también irradia una seguridad imponente y sus palabras transparentes no emiten más que verdades sinceras. Tiene una intuición muy fiable y una capacidad milagrosa para sobreponerse a problemas y superar dificultades.

Aminata es conocida en el pueblo por haber sido la primera persona capaz de conseguir alimentos del mar, de la montaña, de la sabana y del desierto en sólo dos días. Para ello, tuvo que hacer tareas que no le estaban asignadas - cabalgó, pescó y cazó - pero como todo ocurrió en medio de una crisis alimentaria, cuando mucha gente tenía mucha hambre, Aminata no fue castigada, aunque tampoco fue recompensada, a pesar de haber salvado muchas vidas y de haber perdido a su marido en la travesía del desierto.

Afortunadamente, su marido no la dejó sola del todo ya que, poco tiempo después, Aminata fue madre de una niña a la que llamó Coumba. Mientras muchas personas se preocupaban por cómo iba a cuidar ella sola de su hija, Aminata sólo veía en Coumba el mejor regalo que le habían hecho nunca y un camino lleno de esperanza que ambas iban a recorrer juntas.





Coumba se convirtió con el tiempo en una de las personas más inteligentes y atractivas de Kundara. Entre sus muchos pretendientes eligió a Seydou Badiane, un agricultor de la zona que era conocido en todo el país por su habilidad en la lucha togabalesa.

Seydou, también conocido como el guepardo de Kundara, revolucionó este deporte al apostar por la técnica, la rapidez y la destreza en lugar de por la fuerza. La suegra Aminata prometió que respetaría la decisión de Coumba sobre su matrimonio así que se mantuvo muy reservada y nunca dio su opinión sobre Seydou, pero en el fondo le encantaba que su yerno fuera, en cierto modo, un revolucionario.

Para poder casarse Coumba y Seydou tuvieron que pasar dos pruebas. A Seydou le tocó distinguir quién era Coumba entre tres personas muy bien disfrazadas. Tras una larga observación, aunque tuvo sus dudas, supo quién era su amada por como colocó los pies al sentarse. A Coumba le tocó elegir, entre tres jarras de vidrio, aquella que había producido artesanalmente su futuro marido. Coumba eligió una jarra un poco deformada pero con mucho encanto pues sabía que su amado no era vidriero pero que sí le había puesto mucho cariño al trabajo. Y así, lograron pasar las pruebas y casarse.

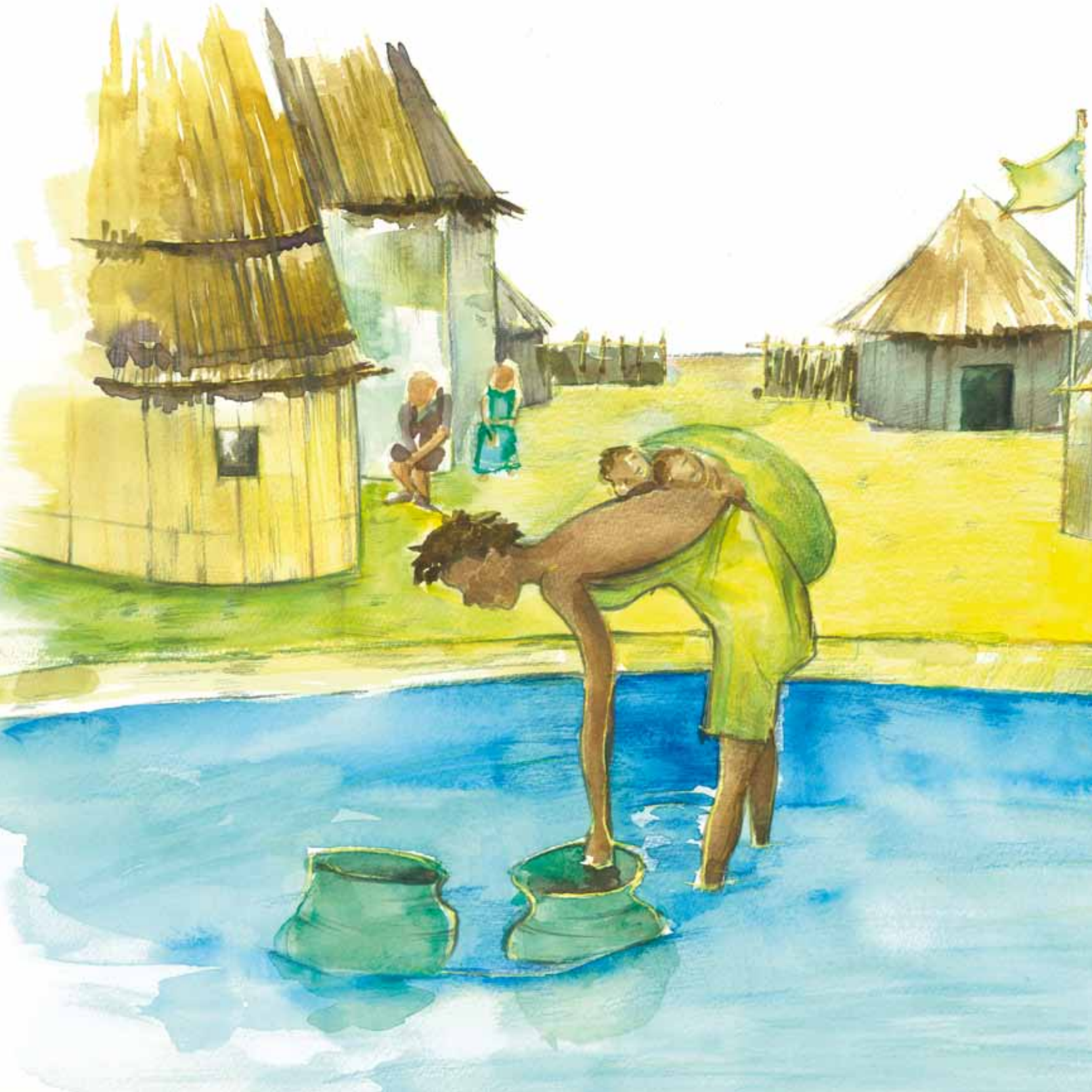
Todo el mundo pensaba que si en la descendencia de esta pareja se unían las cualidades de su madre y de su padre, los hijos estarían destinados a mejorar el mundo en que vivían. La gente se puso muy contenta cuando supo que Coumba estaba embarazada y se alegraron más aún cuando supieron que Coumba dio a luz a gemelos: ¡Adama y Awa habían nacido! La abuela Aminata dejaba de ser una de las pocas personas que no tenía gemelos en su familia pero no le importaba porque la recompensa era enorme y, además, se le ocurrían otras muchas formas de ser rebelde.

Sin embargo, la alegría pronto se convirtió en infinita tristeza: la madre de los gemelos falleció en el parto. Desgraciadamente, esto no era una novedad en Kundara pues muchos embarazos se complicaban y muchas madres y bebés perdían la vida. En los pequeños pueblos apenas había hospitales ni medios para poder atender dignamente a los pacientes. Estos privilegios estaban reservados a las grandes ciudades de carreteras asfaltadas y edificios gigantes.

La abuela Aminata estaba presente. Nunca había experimentado unas sensaciones tan contradictorias: la alegría de ver el comienzo de dos vidas y la tristeza de una despedida prematura. No permitió que más de una lágrima invadiera su rostro y casi de inmediato pasó a atender a Awa y Adama. Los gemelos ya estaban cogidos de la mano y mirándose a los ojos, quizás pensando que su viaje de la vida ya había comenzado y que lo había hecho en sentido inverso al viaje que había emprendido su mamá Coumba. Por suerte, ambos caminos formaban parte de un gran camino redondo que les llevaría a estar otra vez juntos, tarde o temprano, y esta vez para siempre.

Aunque acababan de nacer, ya se podía apreciar que Adama, el bebé, y Awa, la bebé, habían heredado los grandes ojos y la profunda mirada de su abuela quien les observaba perpleja al ver que, salvo por ser niña y niño, eran absolutamente iguales, idénticos. Todo el mundo sabe que los gemelos son iguales pero Awa y Adama parecían ser la misma persona, los mismos lunares en los mismos sitios, la misma mancha de nacimiento en el hombro derecho, incluso les quedó el mismo ombligo y parecían llorar en sintonía y con la misma voz.

A todos los bebés recién nacidos de Kundara se les hacían dos pequeñas heridas justo al lado de la ceja izquierda que al cicatrizar formarían la señal de identidad de los kundarenses. La matrona, también sorprendida por el idéntico parecido de los bebés, propuso hacerle a Awa las heridas más largas y separadas que a Adama, de





forma que existiera alguna forma de distinguirlos a simple vista. La abuela Aminata, movida por una de sus intuiciones, se negó rotundamente. Pensó que en diez o doce años, si no antes, la propia naturaleza haría su trabajo y acabaría por distinguirlos. Lo que no sabía era que en todo ese tiempo esta pareja de traviosos e inquietos hermanos tenía que correr muchas aventuras.

Awa y Adama eran inseparables y desde muy pequeñitos iban juntos a todas partes. Al principio no les quedaba otra opción, ya que era la abuela Aminata quien les transportaba apretados contra su espalda en una sábana multicolor. De la sábana sólo sobresalían las cabecitas de los gemelos y era fascinante ver la cantidad de tareas que podía hacer la abuela con dos bebés en la espalda. A los pequeñines les encantaba tanto movimiento y no paraban de sonreír, comenzando a mostrar sus diminutos dientes, tan blancos que deslumbraban.

Con el tiempo Adama y Awa empezaron a gatear y esto fue un gran descubrimiento. Podían desplazarse por toda la casa-cohete e incluso salir y llegar allí donde estaban las gallinas, aunque por aquel entonces eran demasiado rápidas para jugar con ellas. Awa fue la primera en lograr

ponerse de pie y dar unos pasos mientras que Adama fue el primero que consiguió subir tres escaleras seguidas. Desde que aprendieron a desplazarse comenzaron a demostrar su gran curiosidad y sus ganas de conocer otros lugares: su casa, su calle, su pueblo y sus alrededores, con cada vez más ganas de ir más lejos y con la sensación de que cada sitio nuevo les aportaba experiencia y les hacía mejores personas.

Aprendieron a hablar y a comprender muy pronto. Les encantaban las historias que les contaba la abuela Aminata y su historia favorita era la del Lago de los Sueños, una historia que un cuentacuentos del país de las águilas contó a su bisabuelo hacía mucho tiempo.

El Lago de los sueños es un punto de encuentro, un lago donde aquellos que lo conocen se trasladan mientras duermen para reunirse con los seres queridos que están lejos o que están como su mamá, haciendo el gran camino redondo en sentido inverso. Sólo por eso el Lago era un sitio increíble pero también les gustaba mucho porque allí no había tareas asignadas y cada uno podía hacer lo que quería o lo que mejor se le daba sin tener en cuenta la altura, la edad, el género o cualquier otra cosa. Era un sitio donde todas las personas eran tratadas de igual manera y no se discriminaba a nadie. A veces, algunos habitantes del Lago recibían ayuda, con el acuerdo de todos, para que pudieran superar alguna de las dificultades a las que se enfrentaban. La abuela Aminata lo consideraba como un modelo que debería ser aplicado en Kundara.

Los gemelos pasaron tres años sin parar de escuchar las historias de su abuela y sin parar de jugar. Adama tenía una pelota de trapo y Awa una rueda de bicicleta sin radios. A veces se pasaban la pelota de trapo, otras veces practicaban el lanzamiento de rueda sin radios y lo mejor era intentar hacer pasar la pelota por dentro de la rueda cuando ésta estaba en movimiento. También les divertía mucho practicar la lucha

togabalesa con Papá Seydou que les enseñaba sus mejores trucos. Lástima que su padre estuviera tan ocupado y no pudiera jugar más tiempo con ellos.

El propio Seydou se sentía un poco culpable por no pasar más tiempo con sus hijos y pensaba que un padre estaba obligado a saber diferenciar a sus hijos. Ni siquiera él era capaz de averiguar a simple vista quién era Adama y quién era Awa. La abuela Aminata intentaba tranquilizarle explicándole que nadie era capaz de distinguirles y que se trataba de un caso muy especial, aunque ella, a veces, era capaz de intuir quién era quién.

Desde el momento en que Awa y Adama fueron capaces de andar, hablar y transportar peso, se les asignaron sus tareas correspondientes. El día de la asignación de tareas era un día muy importante en la vida de un kundarés pues su destino podría estar marcado a partir de ese momento.

Adama y Awa estaban nerviosos y tenían sentimientos encontrados. Estaban contentos porque iban a tener responsabilidades y empezaban a ser mayores pero también un poco tristes porque iban a tener menos tiempo para jugar y para descubrir sitios nuevos. En cualquier caso, se ganarían cierto respeto por parte de los mayores. No entendían muy bien porqué los mayores trataban a los niños como si no supieran nada cuando ellos consideraban que muchos niños tenían mucho más sentido común que algunos adultos. Además, tampoco les gustaba que se les asignaran algunas tareas y se les prohibieran otras según sus características, les parecía una tontería y, en eso, estaban totalmente de acuerdo con la abuela Aminata que llevaba mucho tiempo luchando contra esa norma.

Awa quedó encargada del suministro de agua potable para seis casas del pueblo y de colaborar en la cosecha de arroz y de Yam. Iba a tener que andar mucho pues el pozo más cercano y los arrozales y los campos de Yam estaban a cuatro kilómetros.

Adama, por su parte, debía participar en el reparto de alimentos entre los diferentes mercados del pueblo y colaborar en la limpieza de las calles más cercanas a su casa.

Un día, el repartidor de tareas acudió a casa de los N'Goné donde Adama y Awa estaban jugando. Como hacía falta agua potable, quiso dirigirse a Awa para que cumpliera su tarea pero como los niños eran idénticos se equivocó y se lo pidió a Adama. Lo primero que pasó por la cabeza de Adama fue protestar y decir que él no era Awa y que no le tocaba cumplir esa tarea pero lo pensó un poco mejor y no dijo nada. Awa tampoco dijo nada así que Adama suplantó a Awa y se dirigió hacia el pozo.

Los hermanos se miraron, se entendieron perfectamente y entonces nació el juego de Adama y Awa. El juego consistía en que Adama fingiría ser Awa y Awa fingiría ser Adama según les conveniese. Así, podrían turnarse en el ejercicio de sus tareas, tener más posibilidades de hacer lo que a cada uno le apetecía y burlar el reparto oficial de tareas que tan poco les gustaba.

En Kundara, cuando una familia no se podía permitir que todos los niños fueran a la escuela, tenía que ser escolarizado el primer varón en nacer. Adama, Awa y Aminata también estaban totalmente en contra de esta norma y pasaban muchos ratos pensando cómo podrían cambiarla.

Por suerte, con el juego de Adama y Awa todo comenzaba a ser distinto. Los hermanos decidieron que Awa fingiría ser Adama, que se irían turnando y que cada uno iría un día a la escuela. Awa iba los días en los que se aprendía a leer, escribir, dibujar y tocar instrumentos como la kora y el djembé, Adama los días en que se aprendía a sumar, restar, multiplicar, dividir y hablar lenguas como el pular y el tukuler. Después, cada uno le explicaba al otro lo que ese día había aprendido.

Otro día quisieron poner en práctica su juego con el Guardián del Sol. El Guardián del Sol de Togabal era la persona encargada de sacar y guardar el sol al amanecer y al atardecer. Cuando temprano en la mañana el Guardián aparecía andando por el

pueblo el sol comenzaba a salir y cuando, pasado el día, hacía el camino de vuelta, el sol se ponía y atardecía. La gente se preguntaba cómo era capaz de sacar y guardar el sol en todo Togabal, incluso se rumoreaba que era Guardián del Sol en varios países y esto era todo un misterio.

Adama y Awa pensaban que el secreto del Guardián del Sol era su rapidez así que decidieron sorprenderle y hacerle creer que había alguien más rápido que él. Decidieron vestirse con la misma ropa para ser aún más idénticos y esperar por separado al Guardián del Sol a la entrada y a la salida del pueblo y en diferentes puntos intermedios. Estaban seguros de que el Guardián iba a quedar desconcertado pensando que se estaba encontrando al mismo niño en distintos sitios.

Sin embargo, cuando Adama le esperaba junto a la entrada de Kundara el Guardián le saludó diciendo “Buenos días, Adama” y después hizo lo mismo con Awa “Buenos días, Awa”, dijo. En un primer momento, los hermanos pensaron que había sido suerte pero se cruzaron con él hasta diez veces para poner a prueba su habilidad y todas ellas acertó a reconocerles. Habría que tener cuidado con el Guardián del Sol pues era la única persona, junto con la abuela Aminata, que podía distinguirles, pero como tenía cara de buena persona, pensaban que no les causaría ningún problema.

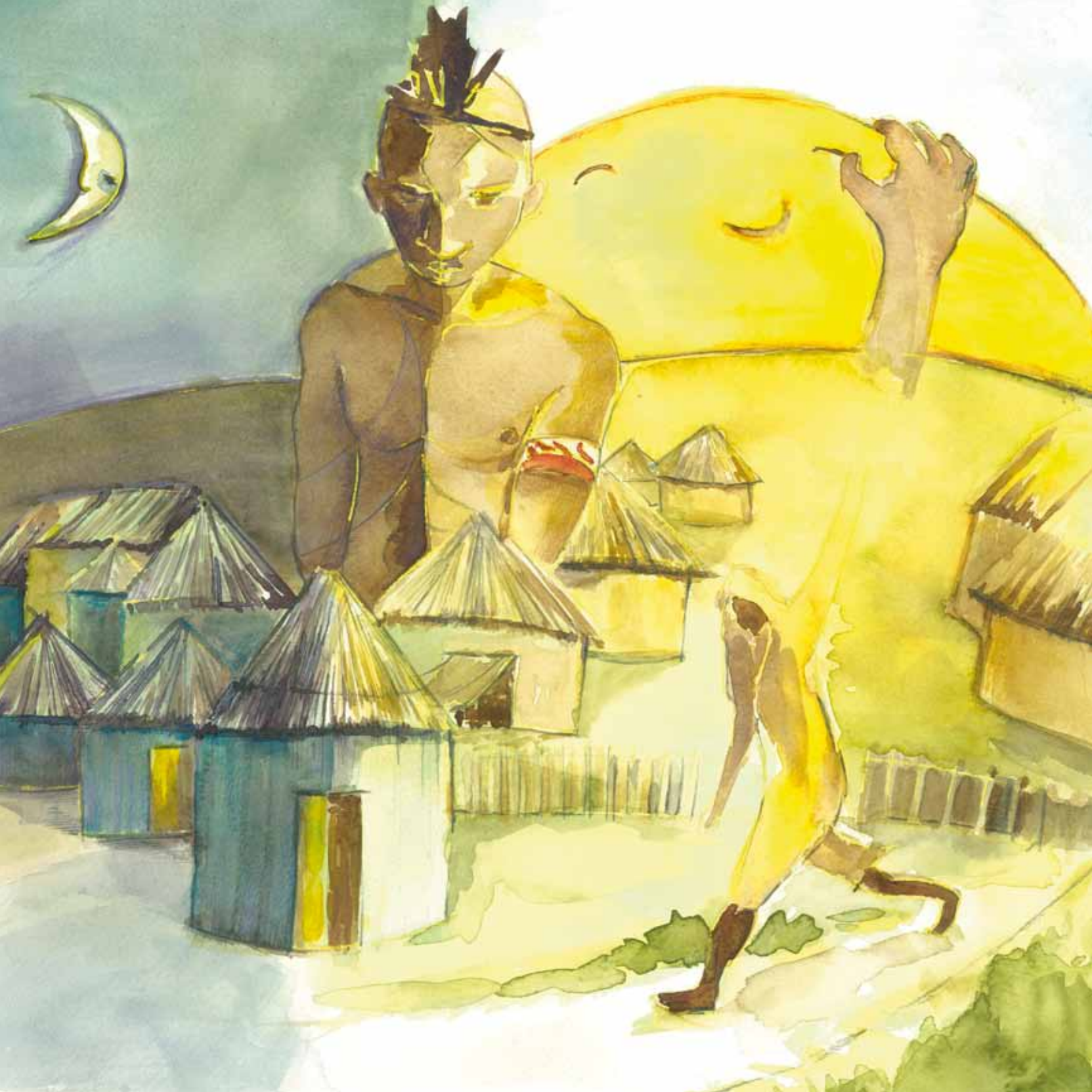
La siguiente víctima de su juego sería el toubab del pueblo. En Togabal se llamaba toubab a las personas extranjeras de piel blanca. Aunque el toubab de Kundara no era especialmente blanco porque venía del sur de Europa y estaba un poco bronceado, si se veía muy clarito cuando estaba al lado de algún kundarés.

La mayoría de los togabaleses no miraban con mucha confianza a los hombres blancos pues hacía mucho tiempo vinieron a ocupar sus tierras y explotar sus recursos. Tras muchos años de colonización, los toubabs se fueron, dejándolo todo patas arriba, pero asegurando que seguirían aprovechándose de África con la ayuda de algunos africanos poderosos a quienes no les importaba su pueblo. La abuela Aminata, sin

embargo, siempre decía que en todas partes había gente buena y gente menos buena y que cada persona tenía que ser valorada según sus actos, sus ideas, sus principios o sus valores y no según el país del que venga, el color de su piel, la silueta de su figura o la rareza de sus vestidos. La primera vez que Awa y Adama conocieron al toubab reaccionaron de forma distinta: Adama se asustó al ver a una persona tan blanca pensando que podía ser un fantasma y se abrazó a la abuela Aminata mientras que Awa se dirigió muy despacito hacia el toubab y con mucha precaución tocó con sus pequeños dedos la gran mano blanca del invitado. Entonces Adama también se animó a tocar esa piel tan rara y terminaron pensando que el toubab era una persona más, igual que ellos, pero un poco más blanquito. El toubab se encariñó con estos gemelos. Siempre les ofrecía algún regalo para que jugaran y se divirtieran. Curiosamente para ellos, siempre traía pinturas de colores oscuros, sobre todo azules, para Adama, por ser niño, y pinturas de colores claros, sobre todo rosas, para Awa, por ser niña.

Decidieron que los dos querían tener pinturas claras y oscuras, azules y rosas, porque





así ambos podrían hacer dibujos mucho más bonitos y completos. Ante la siguiente visita, Awa y Adama pusieron de nuevo su juego en práctica y el toubab, que no distinguió a los gemelos, le dio las pinturas claras a Adama y las oscuras a Awa. Si bien es cierto que los hermanos siempre podían compartir las pinturas, les parecía más divertido utilizar su juego para conseguir que a cada uno les dieran las pinturas que querían, sin tener en cuenta quién era niña y quién niño.

El juego de Adama y Awa estaba funcionando estupendamente hasta que un día no les salió tan bien la jugada. En Togabal se hacían muchas campañas de vacunación para niños contra diferentes enfermedades. Esta vez, Awa y Adama fueron citados en diferentes días para que les dieran su vacuna contra el cólera. Se trataba de una vacuna que debían beberse y que tenía un sabor muy malo. Adama le pidió a Awa que se hiciera pasar por él y que se bebiera todas las dosis de la vacuna y Awa no supo decir que no porque sabía lo poco que le gustaba a su hermano esa vacuna y lo mal que le sentaba.

Al final, Adama terminó enfermo, sufriendo el cólera, y a Awa le sentó muy mal tomarse tantas dosis de la vacuna. Por suerte, los dos se recuperaron y las consecuencias no fueron tan graves como podían haber sido. Aprendieron la lección y decidieron que únicamente utilizarían su juego cuando no fuera peligroso ni para ellos ni para otras personas.

Unos años después, un día en que hacía mal tiempo y soplaba mucho viento, Awa tuvo que ir al pozo cuando el Guardián del Sol ya estaba de vuelta de su viaje diario y estaba anocheciendo. Adama decidió ir con ella para hacerle compañía pues era muy difícil que a esas horas el controlador de tareas apareciera para regañarles. Como ya era un poco tarde, decidieron hacer el viaje en la burra Zambia.

Cuando ya volvían con las vasijas llenas de agua la burra Zambia se cruzó con una comadreja enorme, se asustó y se levantó sobre sus dos patas traseras haciendo

que Adama y Awa cayeran al suelo. Awa se hizo una herida en el codo que con el tiempo cicatrizaría y le diferenciaría de Adama pero, en ese momento, tenía una preocupación mayor. El candelabro que Awa traía encendido para poder ver bien, se cayó y provocó el incendio de toda una cosecha.

Intentaron, sin éxito, apagar el fuego y luego tuvieron que salir corriendo atemorizados cuando decenas de jinetes salieron a perseguirles. Estos hombres eran la banda de Salahuddin, el propietario de la cosecha, un hombre muy poderoso que vivía muy lejos de Togabal. Adama y Awa consiguieron llegar a casa pero no había nadie, así que decidieron esconderse en lugares distintos.

Poco después llegaron los jinetes buscando a Awa, porque ella llevaba el candelabro que provocó el incendio y la consideraban responsable. La encontraron en el granero y se la llevaron. Adama salió de su escondite unas horas después y vio que se habían llevado a Awa así que se montó en la burra Zambia decidido a rescatar a su hermana. Dejó una nota contándoles todo a la abuela Aminata y a papa Seydou, desde la herida de Awa hasta el incendio y el rapto.

Comenzó así el gran viaje de Adama en el que consiguió cosas increíbles: fue el primer niño en atravesar el desierto en burra sin apenas agua y luchando contra el harmattan, un viento muy poderoso. Para financiar su viaje se inscribió en varios torneos de lucha togabalesa en los diferentes pueblos que visitaba. Siempre participaba en categorías superiores a la suya luchando contra adultos y les ganó a todos, aplicando los trucos y la destreza que papa Seydou le había enseñado.

Tocando las canciones que él y Awa habían compuesto con el djembé y la kora, consiguió hacer amigos que le daban alojamiento y comida. Y ejerciendo de cuentacuentos, relatando las historias que le había contado la abuela Aminata, se ganó la simpatía de muchísima gente que le apoyó en su viaje. Cada una de las experiencias





que vivió y cada una de las personas que conoció le hicieron un joven cada vez más excepcional.

Tras dos meses, Adama llegó al campamento de los hombres de Salahuddin donde no tardó en ver a Awa en una tienda de campaña justo en el centro. Prefirió esperar a que el Guardián del Sol volviese a casa e hiciera anochecer, para poder ocultarse mejor. Llegada la noche, cuando casi todos dormían, Adama se adentró en el campamento y arrastrándose llegó hasta Awa que estaba exhausta. Cuando se la llevaba consigo y estaba a punto de llegar a la burra Zambia un perro se percató de su presencia y empezó a ladrar.

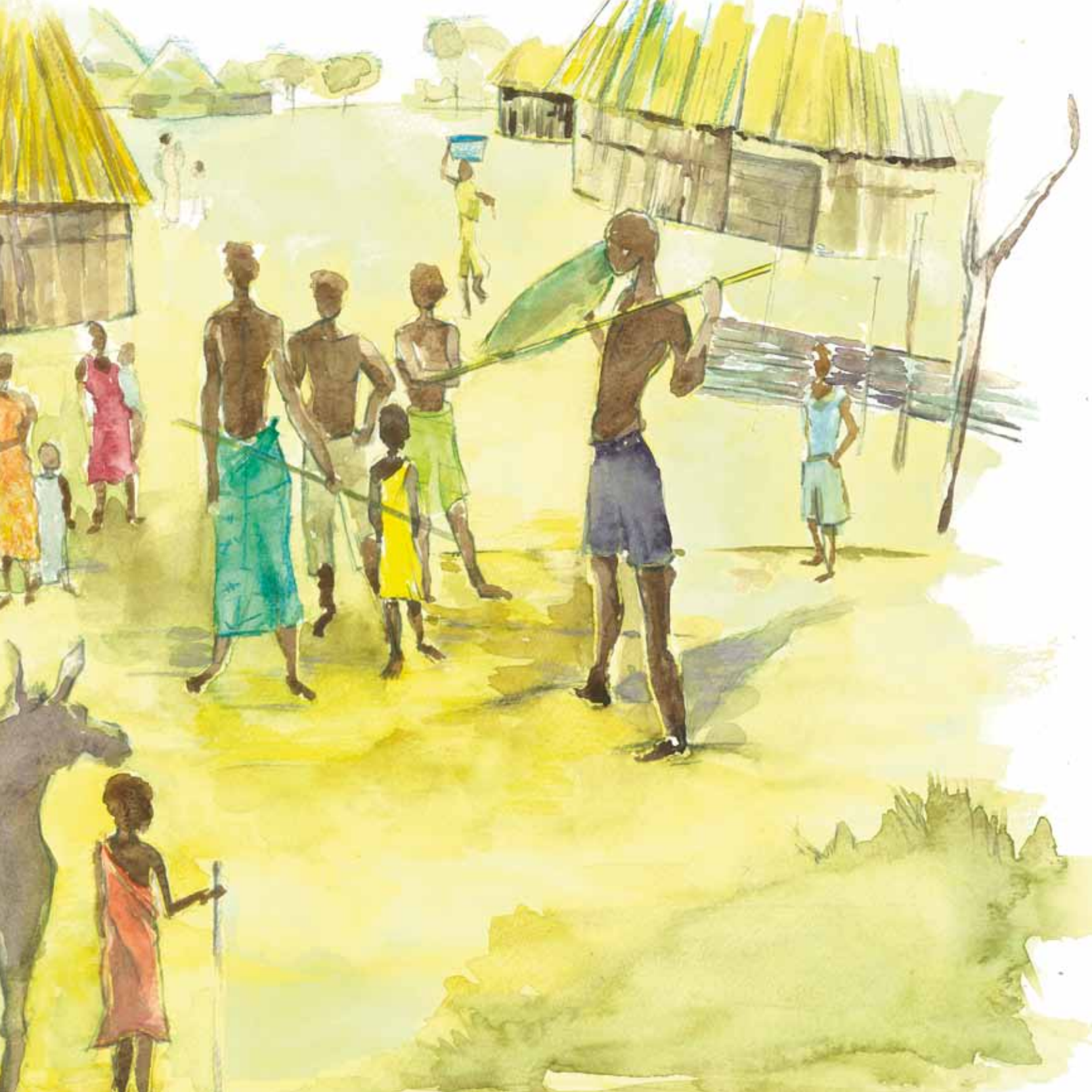
Los hombres del campamento tardaron segundos en rodear a Adama y Awa. Les detuvieron y les llevaron hasta el jefe Salahuddin. Al jefe no le gustaba ser molestado mientras dormía pero entendió la urgencia de la situación. Interrogó a los gemelos durante dos horas en las que Adama contó toda la historia de su viaje. Salahuddin era un hombre muy poderoso pero también muy sensato y quedó muy sorprendido por el gran esfuerzo y la valentía que había demostrado Adama. Además, también admiraba la conducta que había seguido Awa en los dos

últimos meses desde que fue detenida por sus hombres. De esta forma, el jefe de estas tierras lejanas decidió dejar libres a los hermanos y permitirles que volvieran a casa.

El viaje de vuelta a casa fue más rápido pues Adama ya se conocía el camino y tenía contactos en todas partes. Los hermanos llegaron a casa y todo el pueblo les recibió con los brazos abiertos. Las historias de su viaje habían sido contadas de pueblo en pueblo hasta llegar a Kundara y los kundarenses estaban muy orgullosos de sus pequeños paisanos. Algunos pintores ya habían retratado a Adama conduciendo a Zambia. La pintura era muy bonita aunque se reflejó a Adama mucho más alto de lo que era y a Zambia como si fuera un caballo en lugar de una burra.

Cuando llegaron a la casa de la abuela Aminata el Guardián del Sol pasó por allí, en su paseo matutino para sacar el sol. Al pasar al lado de Adama le saludo diciendo “Buenos días, Awa”. La primera reacción de la abuela Aminata fue pensar que el Guardián del Sol se había equivocado pero inmediatamente después vio una cicatriz en el codo de quien se suponía que era Adama. Entonces, con una sonrisa de admiración, sorpresa y comprensión, fue la primera que lo entendió todo: los hombres de Salahuddin no se habían llevado a Awa, ¡se habían llevado a Adama! Adama ocultó que él no era Awa porque prefería proteger a su hermana aunque se lo llevaran detenido. Awa fingió durante toda su travesía ser Adama porque eso le facilitaba el viaje y le permitía, por





ejemplo, participar en los torneos de lucha togabalesa que estaban injustamente reservados solo a los hombres.

La noticia no tardó en difundirse. La valentía de Adama al hacerse pasar por Awa era admirable para un niño de su edad. El viaje de Awa y todas los logros que consiguió siendo una joven niña eran ya parte de la historia de África. Adama y Awa seguían pensando que no era tan importante el hecho de que fueran tan jóvenes o de que Awa, siendo niña, hubiera conseguido todo aquello, pero estaban contentos de que sus aventuras hicieran reflexionar a la gente y pudieran cambiar las cosas.

Awa no sólo había realizado una hazaña sino que consiguió cambiar la mentalidad de todo un pueblo. No era necesario ser hombre y mayor para hacer actos extraordinarios: los niños, las niñas y millones de mujeres llevaban años haciendo proezas que nunca más iban a quedar en la sombra. Tras el ejemplo de Awa, se decidió terminar el sistema de reparto de tareas y acabar con todos los privilegios. Cada uno podría hacer la tarea que mejor se le diera y a nadie se le prohibiría nada por ser mujer, hombre, niño, niña, kundarés, toubab o Guardián del Sol. Todos los niños y niñas irían a la escuela y todo el mundo podría participar en torneos de lucha.

La abuela Aminata no pudo contener sus lágrimas esta vez: su nieta y su nieto, el hijo y la hija de Coumba, habían conseguido por fin aquello por lo que ella tanto luchó: un mundo más justo. Pasados unos años, la naturaleza dio a Awa los rasgos de una mujer y a Adama los de un hombre.

Terminaba así el juego de Awa y Adama.

Fin



Agradecimientos

A las personas que han formado parte del jurado, por su colaboración desinteresada y su sensibilidad artística y en pos de la igualdad.

- Paloma Galindo Casarrubios. Representante del movimiento asociativo de mujeres de Alcalá la Real.
- Francisco Manuel López Gómez. Representante de la comunidad educativa de Alcalá la Real.
- Enrique J. Hinojosa Baca. Ganador del I Certamen de Cuentos por la igualdad-2010.
- Carmen Fontacaba Guerrero. Representante de las Asociaciones de madres y padres de Alcalá la Real.
- Claudia Sanchez Pérez. Representante de los medios de comunicación y del mundo literario de Alcalá la Real.

A todas las personas que han participado con sus obras en el Segundo Certamen de Cuentos por la Igualdad que ha organizado éste Ayuntamiento.

Las ilustraciones originales han sido realizadas por Teresa Mundo López

